

TAN 6(2005)

NOTA DE LA REDACCIÓN DE
Tierra de Nadie
ENTRE DOS ANIVERSARIOS
DE LAS LETRAS:
Luis Cernuda (1902),
I parte del *Quijote* (1605)

EL YO ACUSO DE CERVANTES

Más allá de un clásico, el genio «póstumo» de Miguel de Cervantes ha venido proporcionando a las generaciones de lectores nuevos ángulos de interpretación no sólo para explicar su arte, sino incluso para pretender entender el sentido larvado de sus escritos. Su *Quijote*, verdadera biblia de la modernidad, como querían desde Unamuno a Faulkner, seguirá recibiendo tantas y tan variadas exegesis como las que llegó a inspirar el fervor sagrado, pero de un sesgo decididamente humano, histórico, y, a veces, cómo no, partidista. La crítica liberal e ilustrada vio en él al humanista secretamente subversivo, opositor de las tendencias que empezaban a tibetanzar a España. Por contra, el pensamiento reaccionario, y no es un oximoron, vino a destacar las afinidades con los valores eternos de aquella España imperial y tridentina.

No cabe, pues, mayor gloria para un escritor que el que todos intenten arriar su sardina a las ascuas del fuego inmarcesible de su obra, pese a empobrecedores fetichismos que han venido descubriendo en las páginas de nuestro primer escritor un trasunto de las preocupaciones, por lo demás legítimas, de cada época, y, así, han pretendido verlo como judíoconverso o castellano viejo, como erasmista o admirador ignaciano, soldado cuasi monje o libertario laico, como homosexual o feminista *avant la lettre*.

Y tal vez no haya podido ser de otra manera en lo que a su circunstancia de español atañe: en aquel siglo menos de oro que de hierro no había otra vía de expresión de conflictos y angustias que la creación literaria. En el campo del saber y de las ideas lo atenazaba todo la Inquisición, instrumento de control ideológico y político del complot entre el trono y el altar, que dejó a una de las naciones más originales y creativas convertida en un pueblo de catetos idiotizados por el fanatismo religioso; dicho sea así, en plan Goytisolo, pero piénsese que desde la desaparición de Calderón hasta Larra no se da en España un escritor de genio: hay estudiosos eminentes, científicos, dramaturgos, competentes, y perseguidos, receptores de las ideas de la Ilustración, pero para hallar auténticos escritores que merezcan la pena, hay que esperar hasta Larra, que se educó en Francia y acabó pegándose, asqueado, un tiro en la cabeza. Y es que la literatura, antes que la formulación sistemática del pensamiento o el estudio riguroso del pasado, ha sido el procedimiento de ajuste de cuentas del que algunos se han servido en esta tierra, no de nadie sino de los de siempre, y así viene pasando también ahora con la memoria de la guerra civil, la tiranía fascistoeclesiástica del franquismo y su transición a la partitocracia, una y otra vez evocadas con desigual fortuna en tantas páginas de la novela actual española. Por eso, puede parecer de justicia, y sobre todo motivo de orgullo, el que, a la postre, se haya convertido en emblema indiscutible de nuestro país no a un rey, ni a un conquistador, ni a

un santo, ni torero, sino al escritor que logró la más excelsa y profunda expresión de una mentalidad que es todavía la nuestra.

Estas razones u otras semejantes nos dábamos entre nosotros, componentes de este consejo de redacción, el 23 de abril de 2003, mientras esperábamos turno en esas lecturas públicas conmemorativas con que algunos parecen exorcizarse del olvido al que se relega, incluso en las aulas universitarias, al autor del libro más vendido de la historia de las letras españolas. En esa ocasión incluyeron también lecturas de poemas, sin duda para cortar aquel acto solemne y concurrido cuando conviniera a las autoridades, eludiéndose el largo y moroso recitado de las consabidas andanzas, pero también por seguir insistiendo en la condena de la aventura bélica en que el gobierno del PP nos había metido, próximos como estaban los comicios ediles. Y Mata, el único que podía llegar a leer, y que realmente quería hacerlo, traía preparado también un poema, pero del mismo Cervantes, el estrambótico soneto que escribió a la muerte de Felipe II.

Le dijimos que, por mucho que le gustase el soneto o por bueno que fuese, pues tendríamos que revisar las discrepancias de la crítica, podría incurrir en un homenaje a la obviada, y el soneto, de recitado, podía acabar coreado por buena parte de los asistentes, o incluso abucheados a causa de la exaltación del imperialismo español y del chovinismo sevillano que parece rezumar esta «joyita» literaria. La objeción fue tomada por acicate, y el amigo Mata siguió explayándose ante el diminuto y resignado auditorio que componíamos: porque Aznar, su gobierno y su partido, al apoyar, por encima de las normas y acuerdos internacionales, la intervención bélica en Irak, habían ofendido el sentimiento religioso de los españoles, pero no precisamente porque el papa y la jerarquía católica nacional, por este orden, se hubiesen declarado contra la guerra, faltaría más a estas alturas, sino porque tal ofensa había calado más profundamente en nuestro inconsciente colectivo.

Los españoles, asintió Asencio, podemos ser creyentes, practicantes o no, capillitas, opusinos, agnósticos o ateos sin tapujos, dignamente pobres, parados al sol, tiesos a fin de mes, aprovechateguis de turno o ricos de toda la vida, de izquierda o de derechas, patriotas, patrioterros, abertzales, fascistas o comunistas, futboleros o detractores de la fiesta nacional o solamente panzistas y de su casa, como Dios manda, pero a lo que los españoles no renunciamos es a sentirnos quijotes, por lo menos una vez, y esa obsequiosidad del presidente Aznar nos ha arrebatado, colectiva y representativamente, la posibilidad de esta ilusoria creencia. Es como si Don Quijote se hubiese ofrecido como escolta de los guardias de los galeotes, por mala gente que fueran. El quijotismo es la verdadera religión de los españoles, que dijo Unamuno, y Aznar y el PP, al ponerse de parte de esa pandilla de piratas reaccionarios que detenta el poder en los Estados Unidos, había pecado de lesa quijotismo, de lesa españolidad, porque la vida no es una cuestión de negocios, eso lo dejamos para la mafia, para individuos que «hacen lo que se tiene que hacer», es decir, matar al que estorbe, pero a la gente hay que dejarle un resquicio para el idealismo, para creernos nobles y generosos, y, que dentro de nuestros combates, no matamos a nadie, como Don Quijote, que hasta en eso tuvo tino su creador.

Venía a pelo, pues, este famoso soneto en que Cervantes ironiza sobre la figura y las exequias de un monarca con quien la derecha ha buscado siempre algún parangón, en los tiempos actuales, más inocuo, como la exorbitante boda escorialense, pero, a pocos pasos del mausoleo regio de San Lorenzo, el «Sapo Iscariote», por llamarlo con epíteto literario, erigió a base del trabajo esclavo de sus compatriotas cautivos y desarmados aquel monumento a la muerte donde está enterrado. ¡(Vive Dios que me espanta esta grandeza!, vino a exclamar el padre de un amigo, cuando a regaOa dientes lo llevaron a visitar el Valle de los Caídos.

Y es que el soneto con estrambote «Al túmulo de Felipe II en Sevilla», lejos de exaltar la figura del rey prudente y encomiar la ciudad que tan servilmente lo secund , como ha querido ver cierta erudición entusiasta y localista, constituye un alegato sarcástico y desengañado de toda la trayectoria del poeta y de la hueca cultura de la España de entonces. Podría significar este soneto, concluyó Mata con su habitual capacidad de síntesis, una especie de toma de posición de intelectual comprometido como la que inauguraría  mile Zola trescientos años después: vendría a ser como el *J'accuse...* de Cervantes.

Resultaría, en principio, complejo cualquier tipo de parangón de las lecturas públicas o académicas de aquella época con la actividad de los llamados escritores públicos del XIX y XX, pero, una vez disparada la flecha, parecía pertinente hacer un esfuerzo por apuntar, porque fue nada menos que Américo Castro quien se al  que durante los siglos de oro la práctica de la literatura constituyó un recurso para la superación o sublimación de la angustia vital. No sabíamos si iban por ahí los tiros de Mata, o porque, en concreto, sabía de los abusos y escándalos que se produjeron en torno a los funerales sevillanos de Felipe II y el testimonio de la presencia del propio Cervantes en aquellos escandalosos hechos.

Cuando a 13 de septiembre de 1598 termin  de morir Felipe II, Cervantes va a cumplir cincuenta y un años, y, por entonces, se puede afirmar de él que es, cabalmente, un fracasado: soldado mutilado en la más alta ocasión que vieron los pasados siglos, comprob  con su cautiverio la inanidad de aquel esfuerzo; tras lograr su rescate con el endeudamiento de su familia, no halla en su patria el justo resarcimiento por sus servicios y se ve abocado a un empleo subalterno de cobrador de impuestos extraordinarios en Andal c a para otra empresa bélica que acabar  en el desastre. Finalmente, ha solicitado un puesto en la administración de los territorios del Nuevo Mundo, pero ha recibido una negativa burocrática y desdenosa: «Busque por acá que se le haga merced». Pero al menos le contestaron, dirán muchos atribulados en el purgatorio del vuelva usted mañana y del silencio administrativo. Y el otrora heroico cautivo ha vuelto a la cárcel, pero a la de Sevilla, como cabeza de turco por las mismas exacciones y trapicheos de su poco halagüeño oficio. Solamente ha llegado a publicar un libro, primera parte de una obra de género pastoril, y ha podido también estrenar un par de comedias prontamente olvidadas, aunque lleva de aquí para all  un ba il repleto de originales, comedias, historias fingidas de rara invención, poemas buenos y menos buenos, romances infinitos. En el verano de 1596 había presenciado un ignominioso espectáculo de chapuza nacional: la toma y saqueo de Cádiz por una flota inglesa ante la pasividad e inoperancia sólo achacables a las más altas autoridades, el gran duque de Medina y el propio Rey Prudente. Se atribuye a Cervantes un soneto en el que ironiza sobre el papel n del duque de Medina Sidonia, que había sido el comandante de la Invencible, y compara a las tropas acantonadas en Sevilla con sus ya entonces famosos desfiles procesionales:

Vimos en julio otra semana santa,
 atestada de ciertas cofradías
 que los soldados llaman compa as,
 de quien el vulgo, y no el inglés, se espanta;

También se espanta el soldado del estrambótico soneto ante la grandeza del magnifico túmulo del gran monarca planetario, y no era para menos, pues las autoridades municipales echaron el resto para hacer la mayor demostración que jams se haya hecho en los lutos y en las hon-

ras. Las instituciones proveyeron de negros atuendos a todos sus componentes y servidores, incluidas las acémilas, y al encarecerse el paño negro, los menesterosos no podían vestir como habían mandado las ordenanzas; en consecuencia, los metían en prisión. Fue tal el exceso de rigor que el nuevo rey hubo de recomendar moderación y la Audiencia ordenó liberar a los desgraciados.

Entretanto, a fuerza del endeudamiento de unas arcas municipales que ya estaban bastante tiesas, se emprendía la construcción de la «máquina insigne», del grandioso túmulo en la nave central de la catedral. En ello colaboraron numerosos artistas y artesanos, entre ellos, el escultor Martínez Montañés, e incluso algún erudito entusiasta barajó la posibilidad de que nuestro mutilado hubiese asesorado en los motivos de la victoria de Lepanto, pues en las representaciones del monumento de cartón piedra no se omitió ninguno de los sucesos que jalonaron la vida del monarca, ni faltó ninguna esposa, con ascendientes, genealogías y tratados. En fin, todo un despliegue suntuoso y desproporcionado tendente a remachar la sacralización del poder.

Pero lo que ya fue el acabose fueron los funerales mismos en el interior de la catedral. Surgió un conflicto protocolario entre las diferentes autoridades a la hora de ostentar los distintivos del luto oficial: los jueces de la Audiencia lucían bayeta negra en sus bancos y reclinatorios, y el procurador mayor del ayuntamiento fue a advertirles de semejante impertinencia. Entonces el regente de la Audiencia ordenó a gritos a los alguaciles que lo llevaran a prisión y lo echaran de cabeza en un cepo. Cuando el procurador intentaba una explicación, el furioso juez le espetó: "¡Hi de puta, sucio, desvergonzado, ¿vos habéis de hablar?" Y se lo llevaron preso a despecho de la ley de asilo en sagrado. La misa siguió adelante y cuando llegaron, tarde, los jueces de la Inquisición, enterados de lo de las bayetas negras, excomulgaron a la Audiencia en pleno y mandaron interrumpir los oficios religiosos. El regente de la Audiencia, a su vez, ordenó prender al secretario inquisitorial y la continuación de la misa. Pero como la catedral estaba ahora llena de públicos excomulgados, se intentó llegar a un arreglo, pero, "ni San Pablo bajando del cielo conseguiría levantar las censuras", exclamaron los inquisidores. Y allí se quedaron todos iracundos y en silencio hasta media tarde cuando los venció el cansancio y el hambre. Y mientras llegaba la sentencia de Madrid que disminuía el conflicto, y ya era la segunda vez que intervenía el nuevo rey, quedó allí el cenotafio como monumento de la estulticia y la degeneración de las autoridades sevillanas, pero también como hermoso espectáculo para el embeleso de la gente.

Cuando la propia autoridad maldecía de tan vergonzante manera en lugar sagrado, no hay que espantarse de que el "soneto más popular del mundo" empezara con un juramento cuartelero: bien sabía su autor, como Fernando de Herrera, como el mismo Cernuda, como muchos otros, que la buena sociedad hispalense, debajo del hábito penitencial, debajo de las protestas de devoción sensible, abriga un alma despiadada e hipócrita.

Tal vez por eso no desentonaba del ambiente general de pasmo o rechifla que se suscitó en las visitas que el catafalco recibía a lo largo del mes en que estuvo expuesto. Se han conservado otras composiciones que de un modo u otro tienen al monumento por motivo, pero fue la de Cervantes la que alcanzó mayor notoriedad. Hay un testimonio de un cronista de aquella época que registra el momento del recitado del soneto y que, de ser auténtico, puede remachar esa interpretación de soterrada crítica que se ha visto también en otros muchos pasajes cervantinos:

En martes 29 de Diciembre del dicho año (1598) vino de su Majestad se hiciesen las honras; y parece que condenaron a la Inquisición en la cera que se gastó el primero día, y a la Ciudad en las misas, y que el Audiencia no llevase estrado. Y en este día, estando yo en la santa iglesia, entró un Poeta Fanfarrón y dijo una octava sobre la grandeza del túmulo:

"¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla!
porque, ¿a quién no suspende y maravilla
esta máquina insigne, esta braveza?

¡Por Jesucristo vivo! Cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo. ¡Oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y riqueza!

Apostaré que la ánima del muerto,
por gozar este sitio, hoy ha dejado
el cielo donde vive eternamente."

Esto oyó un valentón y dijo: "¡Es cierto
lo que dice voacé, seor soldado,
y quien dijere lo contrario, miente!"

Y luego incontinenti
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

El poema tiene forma de embudo (apuntó visualmente nuestro fotógrafo): se abre con grandilocuentes exabruptos exaltando grandezas, riquezas y bravatas, va estrechándose en los tercetos proclamando una ridícula hipérbole chovinista y ombliguera, para escurrirse, a través del estrambote, en la nada gesticulante de un bravucón anodino. Semeja los trazos de la pendolista rúbrica barroca en la que los lazos cada vez más pequeños termina en un insignificante apéndice inferior.

La crítica ha dado crédito a este testimonio, destacando la confusión del testigo en la estrofa, pues dos octavas llegarían a los 16 endecasílabos más el heptasílabo del estrambote, y, lo que sería más relevante, identificando al recitador con Cervantes en persona, quien estaría representando, con pleno dominio, el juego dramático entre el soldado y el valentón. La caracterización del fatuo fanfarrón de barrio impregna el discurso enfático del soldado y esta síntesis del poema pudo llevar fácilmente a cualquiera que presenciara la declamación a percibir mezclados los diferentes papeles; de ahí el calificativo que dio al poeta el entonces anónimo cronista.

Sea o no auténtico este testimonio que se dio a conocer en el siglo XIX, años de las grandes supercherías cervantinas, como la del retrato de las moneditas decimales de los euros, y ya es sarcasmo para un escritor pertinazmente impecune, Cervantes bien pudo declamar su soneto al pie del túmulo dentro de una práctica de recitados públicos de versos muy habitual en la época. Y tal vez por esta exposición pública de un poema en que criticaba al poder establecido es por lo que años después su autor, en la plenitud de su arte, exclamaría ufano:

Yo el soneto compuse que así empieza,
por honra principal de mis escritos,
"¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza!"

Disintió Asencio de esta argumentación que pretendía rematar el evidente anacronismo de una interpretación de Cervantes como intelectual comprometido, con la sagaz observación de que, en realidad, Cervantes no pondera por honra principal el soneto, sino su comienzo, que es una expresión malsonante, y de las más fuertes, como lo prueba, entre otros muchos testimonios de la época, la aposiopesi en la misma locución en un pasaje del Quijote (I 21, p. 224): "que voto..., y no digo más, que os batanee el alma". Además, esta

declaración de inequívoca autoría del soneto está inserta en su sentida exposición curricular en el *Viaje del Parnaso* (IV 37): una vez más hace ironía a costa de sí mismo diciéndonos que, a pesar de la calidad de cuanto ha escrito, a pesar de su alma delicada amante del arte dulce de la agradable poesía, ha venido a adquirir celebridad por un soneto que empieza con una palabrota.

Y sigue con irreverencias varias, porque ya es burla y sátira decir que el alma del muerto, sin más, prefiere estar en el catafalco antes que en la gloria. Esto recordaba a uno lo que presencié en la basílica de la Macarena, en la Semana Santa de Sevilla. Contemplando con devoción la imagen de la virgen, le decía una madre a su hija: "¡Qué bella es!, ¡es como la del cielo!" Y esto oyó un majareta del barrio y le espetó en la misma iglesia: "¡Señora, la del cielo es una mierda compará con éstal, ¡a ver qué se cree usted!"

Pero el soldado puede referirse al muerto de esa manera tan desdeñosa, porque para nada se habla de Felipe II en el soneto. Es un poema dedicado sólo al túmulo que ha erigido la ciudad, como si tanto el soldado como el valentón, deslumbrados por el monumento, desconociesen quién era el fallecido. De ahí las radicales discrepancias en las interpretaciones que han conectado el soneto con un sátira larvada aunque feroz contra el monarca y su política: lo de "que esto no dure un siglo" como referencia sarcástica al lapso entre el 1492 y el 1588, año del desastre de la Invencible. A mayor abundamiento, cierto cervantista de Massachusetts hace una aventurada conexión escatológica, en el peor sentido del término, entre la larga y dolorosa agonía del rey y ciertas acepciones de algunos términos que aparecen en la caracterización del valentón: la incontinencia de la diarrea, el chapeo con la flatulencia, y otras concomitancias más o menos documentadas pero discutibles, en las que se le escapa el "fuese" que podría haber aprovechado del mismo *Viaje del Parnaso* (VIII 186): "y ni se estrñe ni se va por esto". Un ser humano muriéndose es el espectáculo más devastador que existe, y acaso sea el único acto que suscite un sentimiento general de comunión, que nos iguala a todos como hombres, tal como el goce sexual hace sentirnos fugazmente divinos. Y no es que nos escandalice que Cervantes haya podido cultivar una musa demasado grotesca, pero a lo largo de su vida habría de ver a muchos en el trance supremo, y cuesta trabajo suponer esta deshumanizada rechifla a costa de la agonía regia que sugiere semejante interpretación, como si se rebajara la reconocida autoría del soneto al supuesto de que hubiese sido escrito por un "desalmado" Avellaneda.

No había necesidad de ese alarde de inventiva; que hay algunos que, mariposeando en todo tipo de textos, se cansan en saber y averiguar cada cuánto se cambiaba de camisa o qué días padeció de esto o aquello, amén de sinuosos avatares de su libido. Ya la mejor crítica literaria española había ahondado en el desengaño irónico del soneto, y sea más o menos manifiesto un amargo reproche a Felipe II, se atisba en él un *horror vacui* ante la falta de autenticidad en la religión, ante esa cultura de escaparate plasmada en la desorbitada arquitectura efímera del túmulo; y paradójicamente esa superficialidad general permitió que en sus escritos no se enseñara la omnímoda censura de los inquisidores.

En esta espera y tertulia, se le fueron a nuestro amigo las ganas de recitar el soneto, abrumado quizás por tanta hermenéutica, o tal vez por temor a ser identificado con el papel del soldado, del valentón, del muerto, o peor todavía, tan jerezano él, con un sevillano chovinista.

Al año siguiente, a 11 de marzo, pasó lo que todos sabemos y lamentamos: al buen caballero andante lo "sacaron del rincón de la historia" para recibir los más amargos palos. ¡Qué pena haber tenido gobernantes tan poco quijotescos!

J. S.
 habis@wanadoo.es
 julioasencio@ono.com
 jsolis@us.es

BIBLIOGRAFÍA: Lo redactado en la nota precedente, como toda literatura que se precie, no se aparta un punto de la verdad, y aunque parezca mentira, no existe modernamente una edición del soneto en la que se haya planteado la colación de las numerosas variantes; todos los estudiosos, editores, críticos y admiradores devotos, lejos de ponerse colorados, se han limitado a reproducir una de las versiones más divulgadas. Semejante desidia filológica sea, tal vez, porque, al haber pasado el poema a dominio de la gente, no sufre menoscabo alguno con esos cambios menores en su transmisión. La que aquí ofrecemos procede de la elección propia de diferentes variantes, cuyo comentario y justificación serán de otro lugar¹. Antonio Rodríguez-Moñino dejó entre sus borradores un estudio sobre el ‘Voto a Dios’ de Cervantes (cf. Daniel Eisenberg, «Repaso crítico de las atribuciones cervantinas», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII, 1990, p. 478 n. 3); no sabemos si colacionaría las versiones de la Hispanic Society y esbozaría también alguna sospecha sobre el testimonio del recitado de la ‘octava’ del ‘poeta fanfarrón’, según aparece en *Francisco de Ariño. Sucesos de Sevilla de 1592 a 1604*, ed. Antonio M. Fabié, Sevilla, 1873. El fragmento en cuestión se publicó por primera vez en el monumental *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, formado con los apuntamientos de Don Bartolomé José Gallardo*, ed. de M. R. Zarco del Valle y J. Sancho Rayón, I-IV, Madrid, Gredos, 1968 (= 1863-1889), I, cols. 1258-1259, en el apéndice de Aureliano Fernández-Guerra, titulado «Noticias de un precioso códice de la Biblioteca Colombina», como nota para ilustrar el desiderátum de indagar ‘otras muchas obras de Cervantes que andan por ahí descarriadas’. Nadie ha aportado hasta ahora una lectura crítica del ‘manuscrito en folio de Sucesos de Sevilla, 1592-1604, propio del Sr. D. José Sancho Rayón’; antes bien, la probabilidad del hecho concreto del recitado la destaca José Luis Fernández de la Torre, «Historia y poesía: algunos ejemplos de lírica ‘pública’ en Cervantes», *Edad de Oro* VI (1987), 115-131, y todos, pese a sus diferentes enfoques y comentarios, la han venido dando por verídica: Francisco Rodríguez Marín, «Una joyita de Cervantes», en *Estudios cervantinos*, Madrid, Atlas, 1947, 351-363; Francisco Ayala, «El túmulo», *Realidad y ensueño*, Madrid, Gredos, 1963, 42-56; Elias R. Rivers, «Viaje del Parnaso y poesía sueltas», en *Suma Cervantina*, eds. J. B. Avalu-Arce y E. C. Riley, Londres, Tamesis Books, 1973, p. 133; Stanko B. Vranich, «El ‘Voto a Dios’ de Cervantes», en *Ensayos sevillanos del Siglo de Oro*, Valencia-Chapel Hill, Albatros Hispanófila, 1981, 94-104; Antonio Prieto, «Cervantes poeta», en *La poesía española del siglo XVI*, Madrid, Cátedra, 1987, t. II, p. 732; Adrienne Laskier Martín, «Por honra principal de mis escritos», en *Cervantes and the Burlesque Sonnet*, Berkeley, University of California Press, 1991, pp. 102-114, y 256-258; e incluso quien, en su interpretación del soneto, le atribuye intenciones y actitudes del autor del Quijote Apócrifo, E. C. Graf, «Escritor/Excretor: Cervantes’s ‘Humanism’ on Philip II’s Tomb», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 19.1 (1999), 66-95. Apuntó su incredulidad sobre el ‘testimonio personal de F. Ariño’ acerca del recitado del soneto a pie de túmulo Nicolás Marín, «Una nota al Viaje del Parnaso», *Anales Cervantinos* XXII (1984), 201-220: a este profesor de la Universidad de Granada, donde estudió nuestro amigo Julio Asencio, pertenece la sagaz observación sobre la declaración de autoría, que ha sido ignorada, o ninguneada, por toda la crítica. Un panorama que enseña y deleita ofrece nuestro paisano José Manuel Caballero Bonald, en su *Sevilla en tiempos de Cervantes*, Barcelona, Planeta, 1991. En los prólogos de *Novelas Ejemplares* y *Comedias y Entremeses* hay testimonios de ese baúl de originales, ‘cuya pérdida o dispersión significa el máximo desastre en toda la historia de las Letras españolas’, según Francisco Márquez Villanueva, «La tía fingida: literatura universitaria», en *Trabajos y días cervantinos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995, p. 187. Reveladoras resultan sobre «Cervantes, poeta», las páginas de Luis Cernuda, en *Poesía y Literatura I y II*, Barcelona, Seix Barral, 1971, pp. 246-256. Por último, nuestro homenajeado en «Tierra de Alguien», Juan Ruiz Peña, en su «Al margen del Viaje del Parnaso», *Anales Cervantinos* XXV-XXVI (1987-88), 365-370, da una muestra más de su hombría de bien y de su humilde amor al ‘arte dulce de la agradable poesía’.

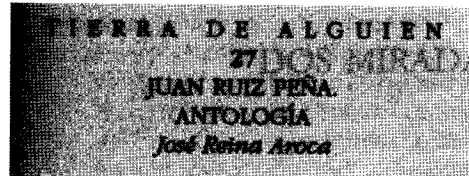
¹ Véase José Solís de los Santos, «Una edición crítica del soneto ‘Voto a Dios’ de Cervantes», en *Lecturas del ‘Quijote’ (con un epílogo sobre el soneto “Voto a Dios, que me espanta esta grandeza”)*, eds. J. Montero, M. Palenque, I. Román Gutiérrez, [*Philologia Hispalensis* XVIII/2 (2004)], Sevilla, Facultad de Filología, 2006, 237-261.



7

DOS MIRADAS SOBRE CERNUDA
LA DESOLADA QUIMERA
DE LUIS CERNUDA
Julio Asencio

SOBREVIVIR A LO VIVIDO
(CERNUDA EN SU CENTENARIO)
Rafael Narbona



47

DEL SIMBOLISMO AL ESPERPENTO.
APROXIMACIÓN A LA LÍRICA
DE VALLE INCLÁN
Francisco Morales Lomas

61

JUAN MANUEL GONZÁLEZ:
VIAJERO DEL TIEMPO
Francisco Muñoz Guerrero

67

LO SACRO Y LO HERMOSO,
LO OFICIAL Y LO PROHIBIDO,
LO PERMITIDO Y LO MARGINAL
EN ANA ROSSETTI
Pedro M. Domene

72

WALLADA BINT AL-MUSTAKFÌ
UN EJEMPLO DE POETISA ANDALUSÌ
Juan Félix Bellido

81

EL CASO MORENO BARRANCO
Carlos M. López Ramos

87

«LA PALABRA VIVIDA»
DE ROSA DÍAZ
Julia Uceda

94

SOBRE LOS ICONOS PERFECTOS
DE PEDRO J. DE LA PEÑA
Pilar Verdú del Campo

99

GRANADA COMO ESPACIO
DE FICCIÓN Y NARRATIVA
Antonio Enrique

113

C R E A C I Ó N

124

R E S E Ñ A S

156

NOTA DE REDACCIÓN
El Yo acuso de Cervantes

162

C O L O F Ó N

